



www.edicionesera.com.mx

Jorge Aguilar Mora

Un día en la vida
del general
Obregón

 **EDICIONES ERA**

 Instituto Nacional
de Antropología
e Historia

 Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

www.edicionesera.com.mx





En la madrugada del 15 de agosto de 1914, la neblina le dio a la ciudad de México el alivio de olvidar todas las pesadillas, anunciándole al mismo tiempo y con demasiada anticipación la crudeza del invierno. Las recuas de mulas de los leñadores entraban resig-nadamente a la ciudad por los campos de la Verónica y los carromatos lecheros iniciaban su recorrido cotidiano. Muchas calles del centro de la ciudad se encontraban inundadas por los aguaceros de los últimos días, pero la capital, ya sin dueño, disfrazaba su descuido con la expectativa y la curiosidad. El cielo nublado esperó pacientemente que los habitantes salieran de sus casas, unos precavidos, otros anhelantes, a encontrarse con cualquier noticia que anduviera perdida por las calles. Los rumores iban de puerta en puerta, entraban a los comercios cuando éstos se atrevían a abrir sus puertas, corrían como el agua de lluvia por las cunetas. Y cuando versiones contradictorias se detenían en la misma esquina, alguien desde un balcón intentaba resolver la duda.

“Entrarán por Peralvillo, vienen de la Villa de Guadalupe.”

“No, vienen por Tacuba, ya los vieron.”

“Qué va, tienen que entrar por la puerta grande, por la Reforma.”

Desde temprano en la mañana comenzaron a formarse grupos precavidos en el Zócalo, que miraban expectantes las puertas, cerradas, de Palacio, como si ellas fueran a dar alguna respuesta a la incertidumbre. El Palacio Nacional era una sede abandonada, pero protegida por simbolizar, en su presencia casi sin origen, el poder.

A las once de la mañana, la expectativa era tan intensa como la curiosidad, pero ninguna como la incertidumbre. Los comercios que se habían atrevido a abrir sus puertas comenzaron a cerrar; los talleres suspendían sus labores y de las oficinas salían los empleados como



esperando encontrar la respuesta definitiva. Y la respuesta llegó: “Vienen por la Reforma, ya lo decía yo”.

Por ahí venían, por ahí venía la vanguardia del Ejército Constitucionalista y esos que lo saben todo señalaban con autoridad al general Cosío Robelo: “¡Ahí va Obregón, ahí va Obregón!”

El general Álvaro Obregón era quien había enviado a la capital unos preventivos anunciando que Venustiano Carranza lo había designado para ocupar la ciudad, a la que daba toda clase de garantías y a la que pedía su cooperación para que no se alterara el orden.

No duró mucho el malentendido sobre la identidad del jefe: antes que la vanguardia llegara a Avenida Juárez, la multitud rodeaba ya al verdadero general Obregón, a su escolta y a la primera columna de su ejército.



Álvaro Obregón en campaña contra Pascual Orozco, 4° Batallón de Sonora (1912)

No eran soldados de levita, de ésos de caballería: era la caballería, sí, pero los soldados parecían vaqueros texanos con “sombbrero de fieltro de anchas alas con barboquejo y toquilla de cerda trenzada, rematada en grandes motas que sobresalían de la falda”. Entre la toquilla y la falda, algunos se habían colocado plumas de pavo real, en recuerdo de la campaña de Tepic.

Vestían camisola de paño verde aceituna, pantalón de montar color kaki y polainas de vaqueta café. Al cinto, exhibían un revólver acompañado de su tira de cartuchos y, cruzadas al pecho, dos o tres, y hasta cuatro, carrilleras de parque. Algunos traían puesta, como trofeo

de guerra, una gorra moscovita del ejército federal a la que le habían arrancado el número y el escudo.

La infantería, con atuendo poco distintivo y a veces harapiento, lucía sólo sus pesadas botas norteamericanas y su sombrero texano. Pero lo que sostenían con profundo sentido de propiedad, tanto los jinetes como los infantes, eran sus fusiles, que el diligente Francisco S. Elías, pariente de Plutarco Elías Calles, se había afanado en conseguir, con buena comisión para él, en las fábricas de armas de Estados Unidos.

El azoro en los soldados triunfadores era común, pero contrastante. Los rancheros, mineros, peones de hacienda miraban con asombro a los empleadillos con bombín, cuello duro y corbata que a su vez contemplaban a estos provincianos “llenos de polvo, con los rostros quemados; los labios resecos y agrietados; sucios, sudorientos y desmelenados, con las barbas crecidas e hirsutas: malolientes, acusando un marcado aire montaraz”.

Desde los balcones, las señoritas capitalinas, que por supuesto eran hermosas, brindaban claveles a los soldados, y a la caída de las flores, el público aplaudía y vitoreaba.

En la Avenida Juárez, desde una oficina de abogados, en un primer piso, y frente a frente del esqueleto del Teatro Nacional, el periodista Gonzalo de la Parra contemplaba el avance de Obregón, a quien acompañaban su hermano José y su Estado Mayor. Justo detrás, le seguían, al frente de sus columnas, Lucio Blanco e Ivor Thord-Gray.

De la Parra había registrado vívidamente el humor de la ciudad en los días previos a esta entrada triunfadora del Ejército Constitucionalista, y él mismo había sentido el temor de la población ante la proximidad de ese personaje de rasgos contradictorios.

Álvaro Obregón, en su entrada a la ciudad, era un misterio a caballo. Unos decían que era un Alarico, otros que era un profeta Elías; unos aseguraban que mataba a cuantos encontraba, y otros replicaban que era cariñoso con los niños.

“Trae cincuenta mil hombres vestidos con pieles de tigre, feroces y hambrientos como lobos”, decían en los bares y en los salones de té; pero no en las casas de la oligarquía, pues casi todas ellas ya estaban abandonadas.



El Caballito, Avenida Juárez



Paseo de la Reforma visto desde el Castillo de Chapultepec (ca. 1910)



Tropas revolucionarias acampadas frente Palacio Nacional

De la Parra buscó esa manada de salvajes y no la encontró. Alguien, en el mismo balcón donde él estaba parado, se burló de aquellos rancheros y campesinos azorados que no sabían si dejarse llevar por la emoción del recibimiento y de su conquista o por el agradecimiento de poder recorrer aquellas calles bordeadas de castillos franceses y de palacios coloniales, y atiborradas de tanta gente de bien vestir. Para un observador impasible, resultaba obvio que en cierto sentido aquel ejército parecía un rebaño de ovejas espantadas y confusas. La piel de tigre y el hambre de carne humana se habían quedado, en todo caso, en el campamento de Teoloyucan.

El día continuaba nublado y fresco. Cuando Obregón pasaba frente al balcón, desde donde Gonzalo de la Parra tomó aire para gritarle al general un “Viva el salvador de la patria”, estallaron repentinamente unos gritos deformes como de niños mal alimentados o de cachorros heridos. De la Parra se quedó con su grito en los pulmones y sus acompañantes en el balcón se agitaron inquiriendo qué era *eso*.

El estallido volvió a retumbar, más sordo, avanzando como un bramido de nubes en tormenta, y la multitud dejó de aplaudir y vitorear. Allá detrás, por el hotel Regis, las hermosas señoritas de la capital se quedaron pasmadas y con sus flores en el regazo.

Reapareció en todas las bocas la incertidumbre; en los ojos, la ansiedad; en las manos, la impaciencia; y en todos los pensamientos, la prevención contra lo inusitado y la traición.

La multitud agolpada en la Alameda comenzó a inquietarse, y Gonzalo de la Parra, desde su balcón, pudo ver con claridad el movimiento sinuoso de la gente en el Hemiciclo a Juárez. Unos parecían retirarse, otros parecían acercarse a la avenida para ver mejor, pero todos guardaban una distancia prudente ante el curso del desfile. Fascinación y terror había en los rostros. Y un murmullo comenzó a correr de boca en boca, como una quemadura que marcaba todos los labios con una inmisericordia bíblica. Era un murmullo, repetido, insistente, terco, y que se extendió por las aceras y los balcones y las azoteas descubriendo, sin pudor, sin miedo al ridículo, el poder de una palabra: “Indios, indios”.

Pero la palabra no terminó su curso, porque en ese momento, cuando estaba a punto de ocultar cualquier otra expresión, sonaron los tamborines. Eran los yaquis.